

ALFAGUARA



Luis Mateo Díez

La soledad de los perdidos

I. Pasos

1.

La noche viene con la niebla y lo que Ambrosio Leda no acaba de decidir, cuando desde el Alto de Listán ve los grumos en la distancia, que se parece más a la profundidad que a la lejanía, es el sentido de sus primeros pasos. Una dirección acorde a lo que en Balma, la Ciudad de Sombra donde vino a esconderse hace ya quince años, llaman la orientación de la voluntad urbana.

Dar sentido a esos primeros pasos, ahora que la noche llega con la niebla y en la humedad del precipitado oscurecer la lengua lame los desmontes, puede ser la garantía de un mínimo orden en la cabeza de Ambrosio Leda.

Del desorden de los sentimientos y del altercado de las emociones es mejor precaverse sin dar rienda suelta a la imaginación o posponiendo lo que la memoria en cualquier momento reclama. El orden en la cabeza es necesario en la vida de Ambrosio Leda para que el desorden del mundo no le afecte tan imperiosamente. Siempre tuvo Ambrosio, ya mucho antes de venir a esconderse en Balma, la reclamación de una existencia contraída entre las deudas pendientes, como si vivir precisase de un esfuerzo lleno de débitos o el mero acto de abrir los ojos cada mañana supusiera un déficit.

Los grumos no tienen una atracción especial en el paisaje, casi hay que adivinarlos en la sustancia de la niebla, pero existe una palpitación en las indecisas coagulaciones y los ojos de Ambrosio, que suman a la opacidad de sus cataratas una curiosidad visual en la que no puede in-

terponerse el humor vítreo, detectan la palpitación y retienen la resonancia de un agobio respiratorio, como si la noche vecina mostrara el desgaste de los pulmones.

Los primeros pasos de Ambrosio Leda, cuando cierra la puerta del chamizo y, al fin, camina por el sendero de la derecha en la línea menos arriesgada del cercano desmonte, corroboran ese orden incipiente en su cabeza, ajustan la voluntad urbana de una decisión orientadora.

Balma tiene una puerta de tierra por donde Ambrosio asoma al Norte de la Ciudad de Sombra. La puerta horadada en el extremo del último desmonte, tras cruzar la carretera y demorarse en la Vaguada de Letio, es el resultado de una incisión que perdura como la cicatriz de la herida, el único indicio de que Balma estuvo sitiada y llegó a desangrarse en la escorredura del barro y la ceniza.

Hay un susurro en la cavidad que contiene la niebla y apura el viento.

La cabeza de Ambrosio late requerida por lo que el susurro musita en la puerta de tierra, y antes de pasar por ella al interior de lo que en la Ciudad de Sombra es un Norte devastado, la cabeza descifra las palabras que tienen igual desgaste que las de cualquiera de los sueños con que Ambrosio se va desprendiendo del pasado en el que los quince años de su huida son los quince tramos de su desaparición.

La línea más oscura, o acaso más sucia y mugrienta, de la Ciudad de Sombra, que en la mirada de Ambrosio Leda, cuando la puerta de tierra queda atrás sin que su murmuración se prolongue en otro eco que el de las palabras que perdieron el pensamiento y el deseo, cimenta la opacidad que favorecen las cataratas, como si el cristalino se complaciera en la niebla, y la noche fuese el acicate de una ceguera a la que sólo le falta el tiempo de su maduración.

Un Norte sin otra visible ruina en su corona que la de los paredones demolidos del Cedal, donde ya son pocas las piedras sillares que mantienen la ordenación originaria sin que apenas se distinga en alguna de ellas el labrado paralelepípedo rectángulo, donde la señal de la esquirra no se sabe si proviene del cincel o del disparo.

Ambrosio siempre rehúye esas piedras y jamás se le ocurre sentarse en ellas, aunque en algunas mañanas, cuando regresa más exhausto de lo previsible tras el recorrido de la noche y el Norte no tiene otra meta que la cuesta arriba que le hace retroceder cada dos pasos para recuperar uno y llegar a su guarida, el cansancio lo doblega y la tentación de sentarse es casi insuperable.

Las rodea inquieto, y tampoco escucha lo que habitualmente dicen quienes en ellas permanecen: los hombres que en la mañana fuman despacio el que parece un cigarrillo que no tuvo fin, o que en la demora de consumirlo invierten los minutos finales de la existencia, el humo de su expectativa y de su fatalidad.

2.

Es una corona de espinas.

Lo dijo el *Diario Vespertino* en alguno de los artículos que en su día fueron evaluando los daños urbanos de la Contienda, al atestiguar que en el paraje devastado apenas pervivían las ruinas del Cedal. El resto del Norte en la corona mugrienta delimitaba la línea de una destrucción reiterada, con el brote arrasado en el muñón de las viejas edificaciones y la quemadura en las huertas y las camperas.

Las espinas forjaban la corona en la cabeza de la Ciudad de Sombra, si, como entendía Ambrosio Leda, la Ciudad no era otra cosa que un cuerpo derribado y con los brazos abiertos.

La cabeza reposada en el Norte con la inclinación y el peso de la nuca, sin que el rostro contuviera ninguna señal, ya que no existía gesto que diera la mínima identidad.

La Ciudad de Sombra tenía borrada la mirada, lo que equivale a decir que los ojos se habían extinguido en la antigüedad de su destino.

De los brazos extendidos, la mano izquierda indicaba el Este, donde podía rozarse el distrito más extremo de la Condonación, y la mano derecha orientaba las avenidas y las vicisitudes urbanas del Oeste, con los distritos del Temblor y la Simiente. Hacia el Sur, las piernas juntas de la Ciudad de Sombra se estiraban como dos carreteras paralelas o una misma avenida escindida en dos direcciones. Los pies desnudos rezumaban un sudor frío en las Colominas o la fiebre del Ejido y la Manchuria.

Por el cuerpo derribado, que en el pensamiento de Ambrosio Leda tenía mucho más que ver con el cansancio que con la enfermedad o las heridas de los combates, resultaba costoso andar.

La encarnadura urbana no propiciaba el sosiego en ninguna dirección y, a pesar de la delimitación estricta de los puntos cardinales, el extravío era la opción más benigna entre los huesos y la piel agostada, el pergamino y la piedra, un tegumento que parecía más arañado que escrito.

En muchas ocasiones, cuando los pasos de Ambrosio eran más inciertos o la cabeza se le iba sin que lograra sujetar el vestigio de la imaginación más dolorosa, aquella que reincidía en el pasado como si los quince años de animal escondido de nada sirviesen, la intuición del cuerpo tendido se revelaba con un estremecimiento.

El cuerpo de la Ciudad de Sombra crepitaba con la respiración alterada, y Ambrosio era el único habitante que podía correr para guarecerse en un solar o un descampado mientras el cuerpo buscaba una postura más cómoda, en el vano intento de reposar de costado o de aliviar aquella inmovilidad que adormecía los músculos, la carne yerta.

Ambrosio era el único habitante de la Ciudad de Sombra que percibía las alertas. La respiración, el ahogo, un estallido muscular, el vacío del estómago o la conmoción que en el sueño le estiraba el cuerpo como si el alma del durmiente quisiese huir sin que la carne lo permitiera.

Era una sensación paralela a la de los sueños de Ambrosio, fatalmente reconducidos, tras el vacío y la desolación de sus tramas, a esa tensión del alma prisionera de la carne, imposibilitada para un vuelo liberador que le permitiera escindir de la materia.

Los sueños que atenazaban el espíritu de Ambrosio Leda, y que en el fértil río de sus emociones más turbias suponían la mayor contribución a su desgracia...

Siempre hay un susurro que contiene la niebla y apura el viento, en esos primeros pasos que suscitan la orientación de la voluntad urbana.

La cabeza de Ambrosio late requerida por lo que el susurro musita desde la puerta de tierra hasta vislumbrar el interior de la Ciudad de Sombra en el Norte devastado.

La cabeza descifra las palabras que tienen igual desgaste que las que se pronuncian en cualquiera de los sueños con que Ambrosio se va desprendiendo del pasado en el que los quince años de su huida son los quince tramos de su desaparición.

Ese primer latido en la cabeza de Ambrosio se parece al del eco milenario que resuena en la memoria de la Ciudad de Sombra.

Siempre son voces anónimas que se esparcen con el requerimiento de los desaparecidos.

3.

—No es el porvenir, no cabe y, sin embargo, hubo un uso cotidiano en el que el pensamiento se acogía al futuro como la reserva de los mejores deseos.

—Nunca fui el beneficiario que acude a una llamada o a un recibimiento. Nadie me retuvo jamás con intención de no soltarme. Lo que queda por el camino es la huella de un extravío o de una persecución. No me parezco a quienes te habitaron, apenas a quienes ahora sobreviven como yo en las fronteras de los extrarradios o emboscados con mejor fortuna.

—Es que el porvenir se agotó, ya no cabe. Las ciudades que gastaron la raigambre, heridas y expoliadas, venidas a menos sin solución de continuidad, también perdieron la decadencia y se sumaron sin más al desperdicio y la ruina. Eran antiguas y se hicieron viejas. No hubo decadencia, sólo deterioro y desperdicio. Pero es verdad, no lo dudes, entre los mejores y últimos pensamientos subsistieron los buenos deseos. Ya no había porvenir y, sin embargo, el futuro era un deseo. Aquello que todavía se quiere.

—Un rastro que es un gesto. Esos pensamientos pueden atormentar un sueño, poco más. Lo que todavía se quiere no tiene alternativa, nada que rascar, ninguna encomienda. No cabe.

—Quedaban los vestigios. Cuando todavía existía un uso cotidiano en el que el pensamiento no se resignaba a darse definitivamente por vencido y el deseo pertenecía precisamente al pensamiento. La señal, el resto, lo que ahora ya contabilizamos como ruina. Los vestigios, mientras quedaron, mientras aliviaron la vejez que tanto ensu-

cia la antigüedad y siembra los escombros, fueron indicios para averiguar alguna verdad, el propio pensamiento encaminado al futuro.

—En la condición del huido no hay vestigio que valga. Conviene esconderse sin dejar el mínimo indicio que suscite una averiguación.

—El porvenir se agotó, la raigambre quedó desgastada. Las mismas raíces trabadas entre sí, saciadas en la madurez de los frutos, llegaron a pudrirse. Lo que une a los habitantes, hábitos y afectos, también los intereses y todo lo que les antecedió, dejó de ser estable y ya ni siquiera el pavimento fue firme bajo sus pies...

—En esa incertidumbre viven, y lo más curioso sería comprobar cómo el pasado legó una buena parte de las angustias y los desastres, de tal modo que los monumentos y las ruinas no sólo atañen a la imaginación y la gloria sino también a los sentimientos oscuros que anidan debajo de las piedras, y expanden el veneno de la codicia y la envidia y el aborrecimiento.

—Nada se acaba y todo se consume. Es un modo de creer que en el tiempo, sea como sea la historia, y se encadenen los hechos con parecida impiedad, hay fines y finales, una herencia del orden y del desorden, un término, un acabamiento que mantiene su continuidad en el pensamiento y el deseo, una consumación que fortalece el tránsito de las cosas y las ideas. Lo que acaba y no termina. Del tiempo es de lo que menos conciencia guardan los habitantes que tanto se cuidan de medir y sentir el suyo.

—El porvenir se agotó. Hubo demasiadas Conciencias y en la arquitectura urbana el modelo de los monolitos y los arcos conmemorativos quiso imponer la memoria de lo que nadie deseaba recordar, como si el mármol y el bronce de las palabras inscritas para la preservación fuesen huellas impías, datos de la maldad y el descrédito.

—No cabe, no le demos más vueltas. Una memoria sucia, reventada, los guiñapos y las tripas y el hervor

mental de las desolaciones. El mismo desafuero de los tribunales y los sacerdotes. Las castas y las razas, y las cabezas picudas y las serpientes que se guarecen en las cunas de los recién nacidos. Convengamos que casi siempre el olvido es más piadoso que la memoria, aunque haya muchos jueces que no lo avalan con su autoridad, temerosos de que el olvido ciegue sus ojos y sus bienes.

—Las dudas abundan como los pasos del que huye. Yo no tengo otro patrimonio que el de haberme escondido, y hay una voluntad urbana muy superior a la mía, ya veis qué desdicha.

4.

Quince años atrás, un dieciséis de enero, llegó un hombre a la Estación de Balma, en el correo del Noroeste. Eran dos los convoyes que en Balma conflúan desde el centro peninsular y allí diversificaban el tramo final, uno hacia el Castro Astur y el otro hacia el Galaico.

El Astur se detuvo esa mañana con dos horas de retraso, y el hombre bajó del último vagón cuando el amanecer no acababa de romper la pesadumbre de un cristal morado en el horizonte.

El hombre aguardó a que el convoy iniciara la marcha y saltó al andén en ese momento, midiendo con precisión los pasos para cruzarlo y colarse en la Sala de Espera.

Apenas habían bajado cuatro o cinco viajeros que se fueron presurosos, y no hubo ferroviarios revisando las ruedas y los enganches, sólo la calma de un factor que cruzaba las vías, y la bandera del jefe de estación alzada cuando el Astur dio tres pitidos y, entre el vapor y el humo, se estremecieron los vagones, rechinaron los topes y estallaron algunos cristalillos helados en los hierros y las juntas.

El convoy retomaba el esfuerzo de su dirección y, hasta alcanzar la pasarela donde quedaba el término de la Estación de Balma, resopló aturdido, como si el humo le atascara los pulmones y el enfermo no lograra equilibrar la respiración.

En la Sala vacía, el hombre tuvo también que esforzarse para equilibrar la respiración. Lo hizo apoyado en la puerta, sin que todavía el relumbre morado del horizonte

dejase de remover aquella pesadumbre que había hecho de su viaje un camino tan largo como peligroso.

No tenía conciencia de que el tren se hubiese detenido en otras estaciones, aunque sabía que lo había hecho en algunos tramos de la Estepa.

La noche lo cercaba entre el viento que podía haberlo sacado del curso de las vías, como si el convoy pudiera rodar por la tierra pelada, dando tumbos sin otra orientación que la que el viento marcase con el riesgo del descarrilamiento. La noche lo tragaba y esa misma boca era la que se abría para que el hombre asomara a un abismo que reproducía muy bien el que resonaba en su interior: el tajo que el miedo incitaba en las emociones de su desvalimiento, cuando el riesgo de que le descubrieran parecía inminente.

Lo que el hombre soñaba, dormido al pie de la ventanilla que cubría la noche como una cortina de carbón, antes de llegar a Balma, era que en el tren vacío, descarrilado, sin viajeros en ninguno de los vagones y con los servidores ferroviarios ensimismados en sus puestos y ajenos a lo que pudiera suceder, resultaba más fácil que lo identificaran. El sueño no era una garantía de su desapercibimiento, antes al contrario, lo dejaba indefenso, fácil de descubrir, como el saco de patatas que alguien abandonó ante la sospecha del estraperlo.

Subieron dos hombres. El único contraste entre ellos era la altura y la delgadez de uno y el corte achaparrado y obeso del otro. Las trincheras y los sombreros además del mismo color sufrían igual desgaste y a los cinturones se les saltaban las hebillas.

Lo que pudieran tardar en recorrer los vagones vacíos no equivalía a la desazón de presentirlos con la amenaza de su inspección. El tiempo no era el mismo en el convoy detenido en la Estepa, como si alguien lo hubiera sacado de las vías, que en el traqueteo del viaje, cuando las traviesas marcaban el ritmo del minuterio.

En el sueño del hombre la idea del retraso horario se amoldaba a la sensación del mayor peligro, ya que la distancia corría a favor de la huida y el tren simulaba en la noche el escondrijo de la velocidad, lo que cualquier bicho podría considerar el aliciente de la guarida si lograba llegar a ella cuando más la necesitase.

El hombre abrió los ojos y, al tiempo, hizo el gesto de llevar la mano al bolsillo interior de la chaqueta, como si buscara el billete que le requería el revisor, pero las dos figuras que llegaban, una detrás de otra, no se habían detenido y le rebasaban sin advertir su presencia.

—Es el sueño quien me defiende —pensó el hombre—, lo ideal sería dormir hasta estar salvado.

Los hombres se quedaron quietos unos asientos más adelante, siempre a su espalda, y fue la primera vez que escuchó las voces que compartían igual ronroneo.

Hablaban como ratones o elegían las palabras con la suspicacia de quien no quiere ser escuchado, escarbando en el suelo de las mismas o arañando lo que significan, sin que en ningún caso pudieran interesarles demasiado.

Lo que ellos se trajeran entre manos, como en tantas ocasiones llegaría a pensar, acaso ni ellos mismos lo supieran del todo, ya que en el cumplimiento de algunas órdenes, o de algunas encomiendas, es mejor no enterarse por completo de la pretensión de las mismas.

5.

Lo que Balma semejaba en la mañana incierta, cuando el hombre abandonó la Estación en la lejanía de aquellos quince años, era lo que la Ciudad de Sombra supuraba según el testimonio del cronista Decelio: la peste que de la noche llega al día.

El relumbre morado contenía una suciedad de carmín y azul; la raya tiznada en el horizonte maloliente, que el hombre percibió con mayor disgusto cuando su respiración se hizo más profunda.

Respiraba con temor y desaliento, con la necesidad de quien quiere pasar inadvertido sin que los pulmones le ayuden. Evitar la tos era igual que hacerlo con el tropiezo de los pies entumecidos o las botas que perdieron los cordones en alguna carrera. La previsión del sobresalto aceleraba el pulso y llenaba de impaciencia el corazón.

La disciplina del hombre en la huida, los días sesgados desde que dejó el hogar tras los últimos trámites de la Depuración y el requerimiento que al tiempo notificaba la insuficiencia de los avales, se aferraba a la orden de no mirar atrás, no volverse en ningún caso. Lo que pudiera quedar era lo mismo que lo que debiera dejarse, y en ese orden de valoraciones todo tenía idéntico sentido.

La Depuración suponía el sometimiento a un expediente destinado a sancionar las posibles responsabilidades políticas, sin que hubiese otra opción rehabilitadora que la de quienes con sus avales pudieran responder de su conducta.

Lo que el hombre había sobrellevado en el recuento de sus actos, a lo largo de aquellos meses en los que el expediente acumuló las actuaciones enjuiciadoras sin ninguna expectativa favorable, ahondaba el desánimo y conducía el temor a la amargura y a la perdición.

Los cordones que se desprendieron de las botas, sin duda por el descuido de no anudarlos debidamente, no merecían el esfuerzo de recobrarlos; nada justificaba el gesto de recoger lo que caía o de volver a mirar, cuando el tiempo de salir de casa resultó tan acuciante, la alcoba donde la mujer dormitaba con el niño apretado contra el pecho. La alcoba ofrecía el requerimiento más radical del cobijo, la atracción de lo que el sentimiento más hondo recababa en la disolución de sus pasos, lo más duro de dejar.

Pero la disciplina del hombre en la huida respondía a la decisión y al recelo, cualquier incumplimiento en la nimiedad de esas responsabilidades sería suficiente para minar el largo aprendizaje que iba a suponerle la desaparición.

El hombre sabía que en los términos de la huida, ya que no iba a tratarse de un largo viaje, de una distancia que auspiciara la coartada de una notable lejanía, sería imprescindible que nadie se percatara de su presencia, al menos en la variación sospechosa y que, al fin, acomodado a la costumbre de la nueva vida, se produjese la metamorfosis que lo transformara en otra persona.

Lo que hizo el hombre en la incipiente mañana de su llegada fue iniciar un consciente merodeo con el que poder ir delimitando la geografía urbana de la Ciudad de Sombra.

La elección de su destino no por precipitada era menos decidida. De la Ciudad de Sombra tenía la advertencia de un lugar acomodado al pensamiento del abandono.

El enclave de la misma en el vértice de la Estepa y la estribación de los Montes Murales orientaba la lejanía de un reducto ajeno, entre la escolta de los ríos paralelos que en nada contribuían a ampararla, como si entre el Nega y el Margo no existiese ninguna contribución común ni la mínima confianza.

Dos ríos paralelos, con sus fuentes matrices en los bosques de Alcidia, el manadero cercano de uno y otro y la dispersión inmediata hacia las contrapuestas laderas de los Valles del Venero y los Murales.

Los ríos que bajaban por las vegas alledañas, a uno y otro lado de la Ciudad de Sombra, al pie de parecidas choperas y con igual frescor en las tablas primerizas donde saltaban las mismas truchas o, al menos, las que tenían en los lomos las pintas tatuadas con iguales colores.

Esa circunstancia de los ríos desavenidos no era inocua en el propio destino de la Ciudad de Sombra.

Los ríos no apretaban la consistencia urbana al delimitarla en sus cauces, la dejaban suelta, desarticulada, esquivándola en los meandros, como si no existiera una condición fluvial para que el destino urbano tuviese un sentido o como si, en el desentendimiento que los ríos sufragaban, la Ciudad de Sombra encontrara el ideal de su extravío: los cauces enemigos, las aguas irreconciliables, un musgo quemado en las orillas, y el cuerpo intermitente, verano tras verano, del ahogado que dejó hijos que jamás se hablaron al otro lado de las corrientes.

En el camino del hombre, aquella mañana de un dieciséis de enero, la bruma morada tenía el perfil de la piedra en la atmósfera de Balma.

La pestilencia que la noche dejaba al llegar el día flotaba sobre la humedad en el pavimento y en las fachadas del Barrio de la Estación, pero cuando el hombre sintió la necesidad de subir a la pasarela que se alzaba sobre las vías y se detuvo en medio de ella pudo percibir el poder

de la piedra, el perfil morado de las moles monumentales, cuyas torres asomaban en la neblina que deshacía la nieve más menuda, un mar de cristal empañado y roto y la fiebre de la congelación que apuraba el mal olor, ya que la Ciudad de Sombra enfermaba en el invierno, y una razón crucial de su desolación y abandono era precisamente la de la leyenda que mantenía la idea de que se trataba de una enfermedad infecciosa.

El hombre se hizo desde la pasarela, que a lo largo de los quince años que ahora llevaba en Balma siempre fue una especie de mirador al que pocas noches no acudió, la imagen más o menos desconcertante de aquella urbe que había elegido como refugio y escondite.

La imagen con que el merodeador empezaba a delimitarla con pasos decididos, pero no por ello menos cuidadosos, propicios para abastecer su posesión, como si al pensarla delineara las formas de un dibujo que poco a poco se convertiría en el mapa de la Ciudad de Sombra que, como bien pudo llegar a comprobar, tanto difería del que otros en condiciones no muy distintas a las suyas habían realizado.

El anónimo rumor de los desaparecidos ya resonó en su cabeza aquella mañana.